

## XXI.

### LETARGO.

1838—De Mayo à Agosto.

Tenemos que retroceder un poco de la fecha del último dia, cuya historia adelanté por no interrumpir la serie de aquellas impresiones. Tenemos, pues, que volver al mes de Mayo anterior, y á ocuparnos de Juliana, aquella maligna amiga de mi Serafina.

¿Por qué no he de llamarle mia si ella es mi alma?

Juliana es bonita, viva, alegre: su talento se diferencia un poco del de las demas burgalesas en que tiene lo que se llama diplomacia; posee el arte de intrigar, y tiene bastante imperio sobre sus afectos para saberlos reprimir ó disimular cuando le conviene. Su sonrisa apacible, su mirada tierna, su lenguaje comedido y algo pulcro, encubren para muchos su malignidad característica.

A pesar de todo es una muger simpática, amable, atractiva materialmente, y aun en lo moral tiene rasgos de lealtad inesplicables en una muger, y como ella.

Juliana tenia un novio: amores de hábito, frios, monótonos, sensuales, sin lustre ni aroma.

Juliana y Pablo se enojaron. ¿Por qué? Nacidos sus amores del hábito, debian terminar con la ausencia. Pablo, ademas, estaba fastidiado de una muger que nada le negaba.

Siempre habia sido Juliana objeto de mi envidia, y desde que percibí que su antiguo amante la habia abandonado, intenté aprovechar la ocasion.

—¿Verdaderamente no amas ya á Juliana?—le pregunte á Pablo un dia.

—No.

—Es que te lo pregunto porque quiero enamorarla.

—Bien, haz lo que quieras.

—Sin que creas.....

—Te digo que nada tengo con ella.

—Y.... ¿hasta qué punto has llegado?

—Hasta amarla.

—Sí; pero.....

—Eso nunca se pregunta.

—¡Ah! bien.

—No, no creas.....

—Nada creo. ¿Puedo enamorarla?

—Sí

—Bien,



—Bien.

Y al momento me dirigí à casa de Juliana.

Deseos y no amor era lo que aquella muger me inspiraba; por consiguiente, ni pensé nunca en buscarle una declaracion, ni en retardar el término de mis pretensiones.

Juliana se puso en guardia desde que me conocí; mejor dicho, con un pensamiento oculto, para cuya realizacion era medio eficazísimo mi deseo, dióme ocasiones, me hizo algunos avances, y hasta pensé conseguir una esperanza, no muy remota, de alcanzar cuanto me habia propuesto.

Toda mi guerra fué práctica: sistema peligroso con una muger delicada, pero con Juliana, astuta, viva y experimentada, no podia adoptarse otro. Hice pues con ella lo que habia yo visto que Pablo hacia.

Comencé por darla la mano al entrar y al despedirme: buscando siempre el lugar mas inmediato à ella, para que á lo ménos nuestras ropas estuviesen en contacto.

Despues el saludo consistió en un abrazo, y en las conversaciones se mezclaban algunas palabras de galantería vulgar pero espresiva.—Que linda es vd. Juliana—¡Oh! ¡qué pié; divino!.....—Dichoso será el que se abrase en tanto fuego—Todo esto lo recibia en tono de chanza, sin dejar de fingir un rubor que no tenia, y que picaba mas mis deseos.

Las concesiones morales y materiales era necesario adquirirlas à fuerza de constancia y astucia.

—Ayer tarde vine, y no estaba vd. en casa, Juliana.

—Es verdad: fuí à visitar à una amiga.

—Quien hubiera sido ella.

—¿Para qué?

—Para haber estado con vd..... Me lo dijo el portero, y tuve intencion de ir à buscarla à la visita. Pero.....

—¿Y à dónde se fué vd.?

—A cualquiera parte. Me he acostumbrado de tal modo à pasar aquí las tardes, que en otro lugar me fastidio.

—No pensé que viniera vd. ayer.

—Todos los dias vengo.

—Ménos algunos.

—Tal vez por temor de incomodar.

—¡Oh! no..... Y es mejor pasar la tarde platicando.

—Ya se ve.

Desde entónces Juliana contrajo la obligacion de esperarme, y yo de ir todas las tardes.

—Si no fuera preciso.....—dije una de ellas.

—¿Qué cosa?

—Irme.

—¿Por qué?

—A tomar mi té.

—Lo tomarà vd. acá.

—¡Oh! no.

—Voy à pedirlo.



—De ninguna manera.

—Voy á hacerlo yo misma, si es que tiene vd. desconfianza de mi cocina.

—Pero....

—Esperese vd. que yo lo mando.

Y sin la necesidad de salir á tomar el té, mis visitas se prolongaron dos horas mas todos los dias.

Despues no faltaron pretextos: el mal tiempo unas veces, otras una lectura, luego la pereza ó una conversacion animada: de modo que mis visitas duraban ya toda la tarde y toda la noche.

Ni esto bastó despues de algunos dias. Uno de ellos llegué por la mañana disculpandome.

—Esta tarde no podré venir; por eso adelanto mi visita.

—Pues precisamente para esta noche tenia yo preparado un té esquisito.

—Si acabo temprano mi ocupacion vendré á tomarlo.

—De todas maneras lo espero.

Y fuí, porque eso era lo que queria; y así como no faltaron motivos de hacer diarias mis visitas vespertinas y nocturnas, tampoco nos fué difícil encontrarlos para vernos en la mañana: y como ántes tomaba el té, despues almorzaba y comia.

Todo esto en clase de amigo de la casa, y como recompensa de mi bondad. Los papás me tenian en mejor opinion de la que merezco, y Juliana, mi protectora, es la niña consentida. Yo le prestaba libros que leer, le llevaba flores, y la divertia: ¿por

qué no me habian de haber sufrido todas mis impertinencias?

Viviendo casi con ella, adquirí toda la familiaridad de un prometido, si no de un esposo. Al principio me relegaba al cuidado de una de sus hermanas miéntas iba al tocador ó hacia otros quehaceres invisibles: despues, y grado por grado, asistí á cuantos actos se pueden presenciar sin faltar á las conveniencias. La veia peinar y acabarse de ajustar el vestido; le ayudaba á buscar en los cajones de su cómoda los aretes que iba á ponerse; en fin, como su sombra la seguia de la recámara al tocador, del tocador al costurero, del costurero á la sala. Nadie se curaba de nosotros, ni nosotros apeteciamos otra compañía.

Pasaba yo las mañanas enteras sentado frente ó al lado de ella tocandose nuestras rodillas: muchas veces leyendo libros, cuyos pasages procuraba hacerle comprender recargando el acento, ó haciendo una aplicacion entre paréntesis: ú otras ocasiones, en perpetuo silencio la miraba yo coser, dejando correr las horas en la inaccion, sintiendo aquel hormigueo extraño que baña la espalda en la especie de sueño que produce la molicie de la quietud, delante de un objeto que se está acariciando con el pensamiento, bañando con la vista, sin perder ni uno de sus movimientos.

Esa embriaguez tranquila en que se sueña des-prieto, se goza en la inmovilidad, se ama y se aca-



ricia con deleite y sin amor, ese es el magnetismo tambien.

X Muchas veces dormia yo la siesta en su casa y en su cama. Al oscurecer entraba á despertarme, y despues de encenderme un cigarro con su boca, se sentaba á la orilla, cogia una de mis manos para estar jugando con ella, y prolongaba mi amodorramiento con una conversacion agradable, llena de calma, de monotonía, de languidez, insuficiente para despertarme del todo.

De rato en rato levantaba mi mano para hacerle un cariño sensual y espresivo, dejandola caer otra vez sobre su regazo. Ella se entretenia en alisar blandamente mi cabello, ó en repasar el cútis de mi mano ó mi mejilla, apurando la delicadeza del tacto para percibir la lisura de ellas, y dejarme sentir igualmente la suavidad de su mano. No haria mas un magnetizador para sumergir á su marnequin en el delicioso sonambulismo donde se ven jardines, palacios, hadas, orgías, amores y deleites.

Para prolongar este ecstásis, era preciso pretesar dolor de cabeza tener la luz retirada bajo un velador opaco, y quedar á la sombra, solos, léjos de la bulla que hacian en la sala las visitas.

Juliana tenia que abandonarme algunos ratos. Cada vez que se levantaba ó se volvía, un beso era la promesa de volver pronto, ó la muestra de alegría al reunirnos como si hubiera durado un año mi soledad de cinco minutos. Esos cinco minutos de pensar á solas en la oscuridad, sintiendome

estar sobre su propio lecho, tocando con mi mejilla el mismo lugar donde ella ponía la suya, escaminando á media luz todos los objetos que me revelaban su vida diaria, sus costumbres, todas las escenas que no pasaban delante de mí; estas consideraciones me hacian imaginar toda una vida de pereza, de sensualidad y molicie.

No era yo un hombre tan ocioso que así pudiese perder dias y noches enteras, semanas y meses; no debia yo perderlos, pero los perdía.

El primer obstáculo que encontraba á toda ocupacion era el zaguan de la casa de Juliana, á veinte pasos de la mía.—Entraré á verla cinco minutos, y saldré á hacer cuanto he dejado en la semana. Sí, es preciso salir de esta inaccion que me mata.

Pero entraba yo, y á su lado sentia una pesadez, un cansancio, que ninguna consideracion tenia bastantes fuerzas para levantarme del sillón en que caía.—¿A qué salgo á la calle? ¿á qué voy al mundo? A encontrar hombres falsos y egoistas; á oír murmuraciones indecentes; á sufrir un desprecio, un desengaño. Y luego; ¿para qué?... Mi porvenir será el mismo de todas maneras, y aquí lo espero en los brazos de una muger complaciente, dulce, livianita y resbaladiza.... tiene unos ojos tan interesantes; unos hoyitos junto á los labios.... Cuando me fascina con una de esas miradas lánguidas, prolongadas, suaves, ¿cómo arrancarme de su lado?... me siento atraído hácia



ella por una fuerza insuperable, al mismo tiempo blanda y agradable, que es imposible intentar vencerla. ¿Y para qué luchar?... que corra el tiempo y me sorprenda la muerte: si llega pronto.... mejor: si llega tarde; tengo tiempo.

Un amor así no puede tener encantos; es un letargo que se produce por la aspiración de miasmas corruptos, espesos; letargo que inficiona el alma, embota el corazón y aun los sentidos, y no se sale de él aunque algunos momentos repugne, porque el narcotismo es más fuerte cada día, y las fuerzas disminuyen con la voluntad y la razón.

Juliana no podía quererme; amaba á Pablo, y me había admitido como un consuelo. Sus amores con el otro tenían el mismo carácter; le hubiera sido difícil encontrarse sola, sin tener á quien dedicar sus cuidados, sus finezas, sus obsequios, sin tener con quien engañar sus deseos y divertir su imaginación.

Juliana me concedía cuanto no podía ser de consecuencias; porque Juliana es muger que piensa para amar, y goza para no arrepentirse. Virtud de utilidad es lo que tiene, y entregándose al placer cuando está segura de que no tendrá que pagarlo con lágrimas ó compromisos, tiene bastante firmeza para detenerse en la orilla de un precipicio.

Ninguno ignoraba ya en Búrgos que yo era el sucesor de Pablo. Y Juliana no lo ocultaba porque tenía su objeto, y doble.

Quería en primer lugar probarle á Serafina que

yo no la amaba; que si la había amado, ella, Juliana, tenía bastante mérito para arrancarle un amante de tantos años, ciego y encaprichado.

¿Y lo había conseguido? Serafina estará en mi corazón hasta la muerte: Juliana lo sabía, y desconfiaba de mi fidelidad. Yo á mi vez, sabía que Pablo era su dueño, y sin soltarle una prenda que me hubiese puesto en berlina, solicitaba como podía el cumplimiento de mi deseo.

Nos acariciábamos sin amarnos, nos engañábamos mutuamente en el objeto y el carácter de nuestros sentimientos; y el engaño era tan bien sostenido, que hasta el público más incrédulo llegó á quejarse del poco respeto que le guardábamos, ó de la embriaguez que nos quitaba el conocimiento de los deberes sociales. En efecto; Juliana abandonaba á una visita por ir á prepararme el té, ó platicarme un rato; en un paseo no admitía sino mi brazo; en la mesa solo tomaba la copa que yo le ofrecía; en una tertulia no cantaba si estaba yo de mal humor, ni en su casa admitía otro asiento que el butaque donde yo apoyaba mis piés, sentado en el sofá inmediato.

Todo esto me permitía ella en público para conseguir su segundo objeto. La muger propia fastidia; lo que se posee no interesa. Pero desde que se pierde el bien, se conoce; y solo hasta entónces, dice el refrán.

Pablo tenía demasiado buenos recuerdos de Juliana para olvidarla enteramente; y suponiéndola



enajenada y no libre, debía escitarsele la envidia, los celos. Juliana tenía conciencia de lo que valia, y de cuanto habia hecho gozar á Pablo. Esperaba, y con razon, atraerlo de nuevo recordandole que los favores que ahora me concedia, tal vez á solas, antes habian sido suyos exclusivamente, y podian volverlo á ser, si volvia en sí, y abandonaba á la rival: porque Juliana la temia; y no me tomó á mí sino para ponerme frente á ella y no sufrir la humillacion del abandono completo.

Creia yo estar cerca de la dicha, muy cerca: jamas habia estado Juliana tan amable, tan fácil como la noche anterior, jamas la habia yo sentido estremecerse en mis brazos ni tomar la iniciativa, quemandome los labios con un beso de fuego. Hasta pensé que aquel era el cuarto de hora que esperaba hacia tres meses.

Pero no era sino el final de la comedia.

Al dia siguiente hallé á Pablo ocupando mi lugar en el sofá; á Juliana hablandole como á mí: á los dos mirandose como nos mirabamos nosotros. Pablo me lo usurpaba todo; lugar, conversacion, miradas, atenciones.

Despues de un cuarto de hora me abandonaron el campo, y miéntras una hermana me entretenia. Pablo y Juliana segnian en la pieza inmediata un diálogo bien animado.

Juliana salió con los ojos brillantes, las mejillas de carmin: Pablo aparentando calma y mirandome con curiosidad, examinando mi fisonomia.

Hasta entónces no conocí el papel que habia representado; aunque tuve el buen sentido de no hacer cólera, ni fingirla siquiera.

Conocí que era tiempo de retirarme, y lo hice ajustando un tratado de amistad con mi enemiga.

—Juliana—le dije cuando no tuve ya duda—me va vd. á responder con franqueza.

—Sí.

—¿Qué significan las visitas de Pablo?

—Lo que siempre.

—Esa es respuesta como de vd., llena de asuncion.

—Vd. siempre desconfiado.

—Y vd siempre viva y diestra En sustancia, ¿ Cree vd. que la amo?

—Nunca me lo ha dicho.

—¿Y si se lo hubiera dicho?

—No lo habria creido.

—¿Y si hubiera vd. llegado á creerlo?

—No le habria correspondido

—¿Por qué?

—Porque no sé amar á dos.

—¿Cómo! ¿quién era el otro?

—Bien lo sabe vd.

—Yo sé que Mariana—(su rival)—en esta época.

—Ilusiones....

—Pues bien; entónces....

Iba yo á oponerle una objecion muy fuerte, nuestros besos y su anuencia. Pero ella mas viva, y mas veterana me interrumpió.



—¿Sabe vd.? amistad entre hombre y muger siempre es peligrosa; porque luego los hombres convierten en sustancia, interpretan . . . .

—Espero que de mí no podrá vd. decir eso.

—Tan no lo digo, que ni ocasion ha tenido vd. de ello.

Esta audacia para mentir, para negarle à uno lo que ha palpado, solo la tienen las mugeres, y solo ellas tienen el talento de dejarse seducir, de permitirse gozar lo que quieren, sin dejar una huella, una prueba con que poderlas avergonzar diciendoles—fué tu voluntad. Nuestra inseparabilidad, nuestros besos, nuestra obediencia habian sido amistad pura y sencilla. A tener valor, le hubiera pedido la esplicacion de ciertas cosillas; pero me habria respondido entónces—Casualidad, distraccion, juego—¿Acaso valgo tanto para creer? . . . .

¿Y qué hace vd. con una muger como estas? Sentir perderla; quererla como siempre, y separarse de ella con sentimiento, pero sin rencor.

Lo van conduciendo à uno cuesta abajo con una atencion, con un cuidado eficacísimos; le buscan el paso mas seguro y fácil; y cuando lo han dejado en el llano le dirigen una mirada última que quiere decir—Ahora es imposible; pero de tí depende alcanzar la primera vacante.

## XXII.

### MAS AGONIA.

1838.—Hasta Diciembre.

Pocos dias despues de haberme despedido de mis esperanzas con Juliana, recibí de Ignacio la injuria que me sentenció à vivir en la infamia.

No tenia, pues, ni un refugio contra el fastidio; un lugar donde ir à matar el tiempo, léjos del mundo, y cerca de una idea constante con que divertir los pesares, engañando al corazon.

Un nuevo acceso de fastidio, de amargura, de desesperacion fria y lenta, eterna y descolorada, como el vacío sin la creacion.

Meditaciones sombrías, largas horas de soledad y silencio; la inaccion y el temor; la duda y el



abandono. ¿A qué aspirar?... Cuando me sentía el corazón latiendo con la calma del desfallecimiento; cuando del porvenir oscuro salía una voz que reprendía mi criminal ociosidad; cuando aun el presente me aguijoneaba con los asaltos de un acreedor, ó las reconvenciones de un olvido voluntario, hacia un esfuerzo para levantarme y obrar..... Pero ¿cuál era el objeto de mi actividad? ¿qué estímulo me quedaba? Volví la vista á lo pasado, para reanudarle con el porvenir, para buscar en los recuerdos el germen de un deseo, de una esperanza; y si el porvenir estaba vacío y negro, el pasado estaba lleno de dolores, pesares y decepciones.

Mujeres volubles, corrompidas y falsas... aun cuando las hubiera creído inocentes, tiernas y fieles; ¿podía aspirar á ellas, yo, que sin vengar la más humillante de las afrentas, no era digno ni de respirar de la misma atmósfera que los otros hombres?... Serafina vivía para reconciliarme con las mujeres, para amarlas; pero Serafina estaba perdida para mí: me hubiera ella rogado en esta época, y yo habría huido para que no se manchase con mi deshonor.

Ella, una hada, una vírgen, un ángel, deshonorada por un reptil asqueroso que la hubiera envenenado, quedando aplastado bajo sus piés!.....

Entonces se apagó enteramente aquella flama débil de la esperanza que ardía opaca dentro de mi corazón.

Pero yo no quería desprenderme de Serafina: arrancármela es arrancarme el alma, la vida..... Concebí una idea horrorosa, infernal.

¿Por qué el destino no le arrebatara su familia y su fortuna? ¿por qué no la abandonaran su virtud y su orgullo? ¿por qué no tropieze con un seductor que la pierda y la desprecie despues, dejándola tirada en el fango de la vergüenza y la prostitucion?..... Despojada de sus galas, de su reputacion, de su modestia, llorando lágrimas de hiel, maldiciendo la vida y corriendo tras de un crimen para olvidar otro crimen, descendiendo cada dia un escalon hasta llegar á la miseria y la desesperacion, entonces iría yo, como no iría ningun otro de los amantes que hoy la adulan, á echarme á sus piés, no para ofrecerle mi amor ni solicitar el suyo, sino á divertir sus dolores, á servirla como esclavo, á perderme con ella aceptando el oprobio de su deshonor, de su liviandad.....

Sí, deseaba yo verla desgarrada y harapienta, fea y envejecida, despreciable y desesperada, condenada á la necesidad, no de amarme, sino de escucharme; de permitirme espiarla por la hendidura de la puerta que nos separase, aunque jamás me diese licencia de pisar el mismo suelo que ella habitara....

¿Poseerla, tenerla en mis brazos, nunca! ¿Acaso me acuerdo de si Serafina es una mujer?... Su talle delgado y trasparente; sus ojos apacibles, no son más que el vestido, la forma con que se hace



visible para mí; pero Serafina no es mas que un ángel, un espíritu, con quien serian imposibles los placeres del mundo.

Nunca; no quiero saber si Serafina es una mujer como todas; la veria despues como á todas ellas, llegaria á repugnarme.... perderia mi ilusión!

¡Deseaba yo verla como otra Samaritana y ser su Cristo; llorar con ella y morir por ella martirizado con una tortura de mil años!

¡Ah! ¡Serafina!.... ¿quién te amará como yo? ¿quién habrá amado como yo sobre la tierra?....

Pero este amor ideal, imposible, hacia mi desgracia. Ultima esperanza concebida y apagada; último rayo de luz que me alumbraba y me calentaba ántes de extinguirse, cuando me dejó en las tinieblas de la desesperacion, comencé á sentir la muerte de la inaccion, el marasmo de la vejez.

El infortunio me hizo suspicaz; la malicia misántropo; la misantropía insufrible aun para mis mejores amigos; á los que no huian de mí por repugnancia ó temiendo mi carácter duro y maldiciente, desigual é irascible, los ahuyentaba yo á fuerza de mal humor y desconfianza.

Mi sombra me fastidiaba muchas veces, aborreía á la misma Serafina; y concibiendo proyectos horribles para vengarme de la humanidad entera y destruir el mundo, tenia miedo de que descubriesen este rencor oculto, y vivia con la inquietud de un criminal.

Tenia miedo de estar solo; temblaba en la oscu-

ridad como un chiquillo medroso, y cuantas noches, despertando sobresaltado, me incorporaba para asegurarme de que mi hermano dormia junto á mí y no estaba solo.

Este hermano, estos hermanos que se entristecian con mi tristeza, que ocultaban sus pesares para reirse delante de mí, que preocupados con su propio dolor, hallaban sin embargo consejos y palabras para consolarme, me cansaban; huia yo de mi hermano; y cuando mi hermana venia á consolarme con la ternura que heredó de nuestra madre, la despedia con un beso helado que la hacia llorar.... y yo me quedaba con los ojos secos, devorado de remordimientos.

Hace catorce años que no lloro; catorce años que no tengo el placer de sentir la húmeda huella que deja en la mejilla una lagrima que cae en silencio.

En fin, hay en mí una preocupacion que origina todos mis defectos y mis pesares; sea que estoy impregnado del escepticismo de moda, ó mas bien, que las primeras impresiones que recibí al despertar á la razon, fueron todas terribles y de aquellas que enfrian el corazon mostrandole todo el crimen y toda la falsedad de que son capaces los hombres; lo cierto es que yo perdí la fé en ellos, y tengo la desgracia de dudar hasta de los hechos: yo sé bien que en el mundo debe atenderse solamente al resultado que para uno tengan las cosas, sin reparar en los medios ni los orígenes de las acciones; comprendo el positivismo y sé por mi propia esperien-



cia que el que no explota es explotado; pero soy de diferente masa que los hombres, y cuando uno me quiere hacer un regalo ó una muger me da un beso, siempre me pregunto ¿por qué lo haria? ¿espera algo de mí este hombre? ¿esta muger tiene lubricidad ó amor?..... Maldita idea de preguntar el por qué de todas las cosas, y de analizarlas: y como en mi propia naturaleza reconozco que el yo, el egoismo mas ó ménos reprimido por el Evangelio, es el único móvil de todas las acciones humanas, desconfio hasta de mi sombra, y sin fé no puedo amar á nadie: no soy misántropo en la apariencia; pero mi corazon vive aislado.

X  
En cuanto á la felicidad que todos buscamos en la tierra, me sucede lo siguiente: el alma no puede satisfacerse sino con la verdad; y en el mundo no encuentro otra que la muerte y la resurreccion á la vida eterna: las ilusiones que dan momentos de entusiasmo y verdadera dicha á algunos, no pueden causar en mí el mismo efecto; como todos, tengo yo mis ilusiones, pero conozco que lo son, y como tales sé que tarde ó temprano deben disiparse: y este pensamiento me amarga en el mismo momento de gozarlas. Yo concibo la felicidad no pasajera y cambiante como todo lo terrestre, sino inmutable y eterna como Dios que es su origen: de modo que aun suponiendo que llegase á encontrar un dia el amor de una muger, tan desinteresado, tan noble, tan espiritual como me figuro que debe ser el amor, y con tal evidencia probado que por

fin realizara mi deseo completa y cumplidamente me pesaria entónces de haber hallado tal muger, porque no podria amarla ni conservarla eternamente. Esta evidencia de que mañana debo perder lo que realmente tengo hoy no me deja gozar. No hay medio: ó no se encuentra el objeto que satisfaciendo los deseos causa la dicha, y estamos tristes; ó se halla, y entónces nos entristece el temor de perderla. Sofismas ó verdades, he aquí el origen de mi pereza y mi tristeza.

Es horrible ese estado de impasibilidad sombría en que ya no se sienten ni los propios pesares: ni el sol calienta, ni el frio incomoda; un agravio y un favor se recibe con igual indiferencia: hasta los sentidos se embotan, y puede uno permanecer en medio de una fiesta estrepitosa y brillante, sin ver, sin oír, sin distraerse de un pensamiento tan profundo y tan vago, que uno mismo no podria recordarlo al volver de su letargo.

No se siente placer en amar ni en ser amado: todos los afectos se convierten en odios; todas las demostraciones de piedad ó simpatía que se reciben, repugnan, pesan, violentan el espíritu que no quiere amar ni agradecer.

La muerte tan fea y tan temible, aparece entónces con una máscara de sirena, engalanada con ropas vistosas, seductora bajo un disfraz engañoso. Entónces la muerte es la única amante posible que se desea, que se acaricia en el pensamiento; que no se sale á encontrar... por cobardía!



Temo la muerte porque está en el instinto, y por que no siendo virtuoso me espanta el infierno con que amenaza la religion; pero realmente no tengo otra esperanza risueña que morir. ¿Por qué no me he suicidado? lo repito; por miedo y por pereza: el día que los placeres, las pesadumbres ó las circunstancias me saquen de mi apatia dandome una actividad enérgica, estoy muy cerca de morir... ¡Romanticismo! ¡esageracion!.. ¡moda!.. esclamarán algunos riendose de mí: ¡ojalá que nunca tenga el que tal diga una de aquellas épocas, uno de aquellos momentos en que vemos el mundo lleno de sombras, y maldecimos la vida. Este estado es violento, anormal, no puede ser perpetuo; convengo, y espero que mañana cambiaré de ideas; pero entretanto padezco, y ya llevo en padecer diez años, los primeros de la juventud.

### XXIII.

SIGUE LA HISTORIA DE UN BESO.

1839.—Enero.

Isabel vino á sacarme un rato de este delirio.

Volví á visitarla sin saber por qué, con mas frecuencia cada dia; y alguna vez estuvo tan amable conmigo que el amante que nos veia en silencio, se formalizó un poco. Entónces lo achaqué á mero capricho: hoy veo que la coquetería es en ella el rasgo mas saliente de su carácter.

Poco á poco fuí sintiendo mas gusto en verla, y arrostrando con el amante, á quien siempre encontraba de noche y me ponía mal gesto, me dejaba llevar de una fuerza interior que me violentaba dulcemente.

Comenzaba ya una época en que este capricho tomaba la forma determinada de un deseo, pues no la buscaba ya por mero pasatiempo: se me paseaba ya el pensamiento de hacerla mi querida. La veía